

**LA CRISIS SOCIAL DE CHILE
DESAFÍOS PARA LA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA
Asamblea Eclesial Diocesana noviembre 2019**

**+ Héctor Eduardo Vargas Bastidas, SDB
Obispo de San José de Temuco**

Presentación

Queridas hermanas y hermanos en el Señor.

Nos convocamos en nuestra tradicional Asamblea Eclesial Anual, en medio de una convulsión política, social y económica de proporciones, que desde hace un par de semanas impacta fuertemente al país. Los acontecimientos vividos son de la mayor gravedad y motivo de gran preocupación, tanto por sus causas como por su desarrollo y sus efectos. Entendemos que son parte de un proceso que venimos experimentando durante décadas y que tiene consecuencias profundamente humanas que no podemos ignorar.

La primera obligación de todos, en especial los que ejercemos algún tipo de liderazgo en el país, es comprender el profundo malestar de personas y familias que se ven afectadas por injustas e inaceptables desigualdades, por decisiones arbitrarias que les afectan en su vida diaria y por prácticas cotidianas que consideran abusivas, porque lesionan especialmente a los grupos más vulnerables, y por un tipo de sociedad, estilos de liderazgo y estructuras sistémicas que de diversos modos han favorecido todo esto.

Nos asiste la convicción, que más allá de la necesidad urgente de enfrentar las principales demandas de la población, se requiere reconstruir la convivencia social, el bien común, el diálogo, basados en la amistad cívica, y en el pleno respeto de la vida, la dignidad y derechos de cada persona.

En la trasgresión a estos valores, de algún modo, todos tenemos parte de responsabilidad, comenzando por quienes han recibido la obligación de conducir la sociedad, y por ello todos exigidos en la búsqueda y compromiso de soluciones. Se requiere un gran mea culpa a nivel personal, familiar, social, político, económico, eclesial y mediático, respecto de la sociedad que hemos venido construyendo entre todos, y si ésta es la sociedad que en realidad necesitamos.

Por otra parte, debemos asumir también, que vivimos una sociedad compleja, en un mundo globalizado, donde conviven grupos de personas con intereses divergentes, visiones diferentes, historias no compartidas, grupos de personas que viven en realidades que no se encuentran cara a cara, pero cuyas acciones u omisiones tienen consecuencias. En el Chile de hoy, decíamos en el último Te Deum, “observamos una violencia cotidiana, “crispación” no solo en la política, sino en diferentes espacios de la convivencia diaria. Este gradual deterioro de la

amistad cívica, que nos va fragmentando, se instala en nuestra forma de vivir, de actuar y proceder. Poco a poco las diferencias se transforman en sinónimos de hostilidad, amenaza y violencia”.

Como proclamaba el Cardenal Silva, “se trata de ese lento y duro aprendizaje del arte de ser justos, de respetar la intangible dignidad de todo hombre, de procurar un consenso y suscitar la libre adhesión de los más a una causa común; ese difícil ejercicio de la autoridad para garantizar el orden sin sacrificar la libertad; esa progresiva atenuación de rigores y restricciones, basada más en la confianza que en la suspicacia; ese riesgoso desafío de creer menos en el odio y más en el amor, más en el diálogo que en la imposición: todos esos presupuestos de la paz se han ido abriendo trabajosamente camino en la conciencia universal”. Y para quienes creen en el Evangelio, la paz está en las entrañas mismas de su fe cristiana: proclamar la paz es, para el cristiano, anunciar a Cristo que es nuestra paz (Efesios, 2, 14).

Movidos por esta esperanza, quisiéramos ahondar en un par de principios que pueden inspirar nuestro discernimiento para avanzar en lo recién expresado, y que se podría denominar como la urgencia de una **“pedagogía del encuentro”**. Nos referimos a la búsqueda del bien común y al diálogo.

El desafío del bien común

Justamente de la dignidad, unidad e igualdad de todas las personas deriva, en primer lugar, el principio del bien común, al que debe referirse todo aspecto de la vida social para encontrar plenitud de sentido. El bien común no consiste en la simple suma de los bienes particulares de cada sujeto del cuerpo social. Siendo de todos y de cada uno es y permanece común, porque es indivisible y porque sólo juntos es posible alcanzarlo, acrecentarlo y custodiarlo, también en vistas al futuro. Como el actuar moral del individuo se realiza en el cumplimiento del bien, así el actuar social alcanza su plenitud en la realización del bien común.

Las exigencias del bien común están estrechamente vinculadas al respeto y a la promoción integral de la persona, de sus derechos fundamentales y al bien de la creación. El bien común exige ser servido plenamente, no según visiones reductivas subordinadas a las ventajas que cada uno puede obtener, sino en base a una lógica que asume en toda su amplitud la correlativa responsabilidad.

El bien común corresponde a las inclinaciones más elevadas de la persona, pero es un bien arduo de alcanzar, porque exige la capacidad y la búsqueda constante del bien de los demás como si fuese el bien propio. Es por ello que una visión puramente histórica y materialista terminaría por transformar el bien común en un simple bienestar socioeconómico, carente de finalidad trascendente, es decir, de su más profunda razón de ser.

El desafío del diálogo

En vista a situaciones complejas de tipo político, económico, social e ideológico, que vivimos como país, debiéramos plantearnos todos, el tema del diálogo, justamente como camino privilegiado para la superación de situaciones de crisis. Pero no es un ejercicio sencillo, y normalmente exige respeto y valoración por la otra parte, traducida en la convicción que siempre tiene aportes que ofrecer, superando la tentación de sentirse dueños absolutos de la verdad, e imponerla al otro.

El único modo de eternizar un conflicto, es cerrando filas entre los iguales, que comparten la misma visión de mundo, con idénticas actitudes e iguales formas de acción. Así, los anhelos y esperanzas, dolores y angustias de la otra parte, o del resto de la sociedad, arriesgan quedar postergados. La entera y diversa sociedad, no es una suerte de botín, del cual se pueda libremente disponer desde instancias de elite o luchas de poder.

Para dialogar es condición esencial, tender lazos para construir confianzas, donde la contraparte va dejando de ser un adversario a ultranza, para ir convirtiéndose en alguien que puede transformarse un aporte ineludible a la solución, y que después de todo, sí le interesa objetivamente el bienestar de la otra contraparte y de toda la población.

Ello implica ceder o postergar legítimas aspiraciones personales o sectoriales, incluso el poner en riesgo el prestigio personal ante el propio sector, en vistas del interés superior. Se trata de consensuar un piso, desde el cual la sociedad y el Estado, puedan ir avanzando desde la lógica que “los pobres no pueden seguir esperando”. Nos asiste la convicción que la ausencia de diálogo, solo arriesga más exclusión, más pobreza y más violencia.

INTERPELACIONES DE LA CUESTIÓN SOCIOPOLÍTICA AL PUEBLO DE DIOS

La Iglesia, a lo largo del desarrollo de su Doctrina Social, siempre ha valorizado la actividad política, a la que considera como una vocación esencialmente de servicio a los demás. Ya el Papa Pio XII la consideraba como la expresión más elevada de la caridad cristiana, y el Vat. II alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan las cargas de este oficio (GS 75). Es por ello que nos preocupa el progresivo deterioro y devaluación de la política que viene manifestándose a nivel global. Su ejercicio comienza a ser percibido más como una frustración para la mayoría de la población, que como una oportunidad de crecimiento en justicia y libertad.

De hecho los signos que vienen de la sociedad civil y de la propia vida política confirman que el Papa tiene razón, en cuanto apunta que “la vieja forma de partido y bloque entre coaliciones políticas, fundadas en visiones ideológicas de los problemas o en la defensa de intereses particulares, es ahora anacrónica e insostenible”.

En efecto, para una parte importante de los pueblos, la política o la actual manera de ejercerla, está en crisis. Este hecho amenaza la democracia y la convivencia cívica. La opinión pública tiene la sensación de que los gobernantes, tienen dificultades para conducir procesos que asuman los grandes problemas actuales y diseñen un futuro mejor. Los centros de decisión, a su vez, parecen alejarse y perderse en el anonimato. Los programas políticos fácilmente responden a cálculos electorales más que a una gran idea de país y a una visión clara de futuro. Se ha introducido una profunda desconfianza por una sensación de promesas incumplidas.

Esta desconfianza generalizada en las instituciones públicas es tremendamente dañina, porque deja a los miembros de la sociedad con una sensación de orfandad, de abandono y de vulnerabilidad. Por tanto, se fomenta una cultura de un individualismo asocial, en la que se asume que no hay que esperar nada de una sociedad organizada, pero contaminada con la corrupción, donde la búsqueda del bien común resulta viciada por los intereses particulares. Analistas y académicos coinciden en una crisis de representatividad que gradualmente se ha venido dando en los últimos años en las sociedades occidentales.

Hoy los ciudadanos quieren ir más allá y quieren formar parte de la toma de decisiones, que éstas se hagan de cara al país, y ahí al parecer la clase política está al debe. La solución es compleja, requiere de una profunda reforma estructural a nuestras instituciones, que se haga cargo de las nuevas formas de participación de los ciudadanos, que sea capaz de responder a las expectativas de estos.

Lo anterior implica el fortalecimiento de la ética pública, que en primer lugar, exige superar el individualismo asocial y abrirse a un sentido de comunidad. En otras palabras, tener un sentido del «nosotros», pensar desde el «nosotros» y evaluar desde el «nosotros». Entonces, la pregunta clave en lo social no es lo que le conviene a uno (individuo o grupo social), sino lo que conviene al país. Es pensar desde el bien común, recordando que el significado profundo de la convivencia civil y política, no surge inmediatamente del elenco de los derechos y deberes de la persona, sino en la amistad civil y en la fraternidad. Este sentido de solidaridad muestra otro modo de proceder frente a los conflictos. Se trata de un principio que lamentablemente se ha quedado en gran parte sin practicar, en las sociedades políticas modernas y contemporáneas, sobre todo a causa del influjo ejercido por las ideologías individualistas y colectivistas. (Revista Mensaje, N. 676).

Este momento particular de cambio civilizatorio, de crisis política generalizada en América Latina, de injusticias estructurales permanentes, que pone bajo sospecha las conquistas democráticas, sociales y económicas logradas en las últimas décadas, interpela profundamente a toda la sociedad.

Es por ello que el Papa Francisco insiste en que las clases dirigentes no pueden tener la presunción de creer que sólo ellas están en condiciones de interpretar

correctamente la realidad y de resolver todos los problemas que la afligen. Cree en cambio en un ideal más profundamente democrático, en el que el político está con su pueblo para escucharlo y para reconocerle el papel de protagonista de su historia, consciente de la dignidad de cada ser humano, considerado como responsable de su historia, interlocutor privilegiado de una aventura humana que no puede encontrar ninguna solución positiva, si no es partiendo de la libertad de la persona y de su responsabilidad.

A su vez, es bueno recordar que la Iglesia en cuanto tal, no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe, sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera a la Iglesia trabajar por la justicia, esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad de todos a las exigencias del bien, que la hagan luego posible en el mundo laico, según las reglas propias de éste. (Benedicto XVI, *Deus caritas est.*)

Como le dijo Francisco a los jóvenes en Panamá, los católicos no estamos para “balconear” la vida, viéndola pasar sin involucrarnos. Menos debemos quedarnos en lamentos o reflexiones estériles, sin que eso se traduzca en buena noticia para los más necesitados, porque hemos experimentado que “conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras en nuestro gozo”. (DA 29). Es ese gozo que alimenta la esperanza que no defrauda, y desde el cual deben situarse los políticos católicos, para ofrecer horizontes y caminos de mayor justicia.

En efecto, afirma Aparecida, la alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quién reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades; deseamos que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, llegue a todos cuantos yacen al borde del camino pidiendo limosna y compasión. La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios.

En medio de esta profunda transformación social, el Papa nos invita a privilegiar en primer lugar, las mujeres, en cuanto pilares en la edificación de la Iglesia y la sociedad., sin olvidar que «la esperanza en Latinoamérica tiene un rostro femenino». En segundo lugar, los jóvenes, porque en ellos habita la inconformidad y rebeldía que son necesarias para promover cambios verdaderos y no

meramente cosméticos. Jesucristo, eternamente joven, está presente en su sensibilidad, en la de ellos, en su rostro y en sus inquietudes. Y en tercer lugar, los más pobres y marginados. Porque en la opción preferencial por ellos, la Iglesia manifiesta su fidelidad como esposa de Cristo no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia.. Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 49.

La política ha de permitir que esa esperanza se exprese, removiendo las injusticias que hoy padecen, y que impiden el pleno despliegue de su desarrollo personal. Desde ahí la visión integral de los Derechos Humanos parece ser el paradigma de encuentro común en lo ecuménico con creyentes y no creyentes, en el que se busca desarrollar el ejercicio de la política como un proceso de cambios profundos para ampliar democracia social, política económica y ambiental.

Esto nos desafía como católicos a no olvidar nunca que el ser humano es una persona, no sólo un individuo, y por tanto una realidad muy superior a la de un sujeto que se expresa en las necesidades producidas por la sola dimensión material. La persona humana, en efecto, aun cuando participa activamente en la tarea de satisfacer las necesidades en el seno de la sociedad familiar, civil y política, no encuentra su plena realización mientras no supera la lógica de la necesidad para proyectarse en la de la gratuidad y del don, que responde con mayor plenitud a su esencia y vocación comunitarias.

Ello exige necesariamente estar en posesión de una sabiduría suficiente, que permita conocer cuál es la identidad, vocación y destino último de la persona y del género humano, y ponerse al servicio de todo ello. ¿Qué lograríamos con un progreso económico y científico desbordante, si paralelamente va acompañado de sociedades deshumanizadas, sumando nuevas pobrezas, dolores e injusticias que claman al cielo?.

Es por ello que desde la fe, no podemos cansarnos en anunciar que la grandeza del ser humano consiste, precisamente, en ser imagen de Dios y “la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador”[GS]. Así es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas

Para quienes somos cristianos, a raíz de los derechos del hombre se debe buscar en esta dignidad que pertenece a todo ser humano. Su fundamento natural aparece aún más sólido si, a la luz de la fe, se considera que la dignidad humana, después de haber sido otorgada por Dios y herida profundamente por el pecado, fue asumida y redimida por Jesucristo mediante su encarnación, muerte y resurrección. Así, la salvación que nos alcanzó con el precio de su sangre y por la

relación permanente que establece con nosotros, es fuente de nuestra dignidad absoluta, innegociable e inviolable.

Dios ha querido asimismo, que los hombres constituyan una sola familia humana, y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Y todos son llamados a un solo e idéntico fin. Esta doctrina es clave y condición para un verdadero progreso de los pueblos. Más aún, cuando en el Evangelio el Señor ruega al padre que “todos sean uno, como nosotros somos uno” (Jn 17, 21-22), sugiere una cierta semejanza entre la unión de las Personas divinas y la unión de los hijos en la verdad y en la caridad, demostrando así que la persona no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás. (Lc 17,33).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Así, a la hora de especificar el aporte de la fe en la construcción de la sociedad, hay que promover una nueva presencia de católicos en política, principalmente, nuevos métodos que permitan forjar alternativas que simultáneamente sean críticas y constructivas, que busquen siempre el bien posible, aunque sea modesto, pero con clara identidad social cristiana. Que más allá de doctrinas e ideologías, nos da la libertad, de comprometernos voluntariamente cuando así lo decidimos, y participar de acuerdo a nuestra conciencia en los desafíos del poder, las estrategias, la acción. Haremos política, pero nosotros, sin esperar o aceptar que otros la hagan a nuestro nombre.

Ser católico en la política afirma Francisco, no significa ser un recluta de algún grupo, una organización o partido, sino vivir dentro de una amistad, dentro de una comunidad. Si tú al formarte en la Doctrina social de la Iglesia no descubres la necesidad en tu corazón de pertenecer a una comunidad de discipulado misionero verdaderamente eclesial, en la que puedas vivir la experiencia de ser amado por Dios, corres el riesgo de lanzarte un poco a solas a los desafíos del poder, de las estrategias, de la acción, y terminar en el mejor de los casos con un buen puesto político pero solo, triste y con el riesgo de ser manipulado.

Por eso Mons. Romero, Obispo mártir, afirmaba que «La Iglesia no se puede identificar con ninguna organización, ni siquiera con aquellas que se califiquen y se sientan cristianas. La Iglesia no es la organización, ni la organización es la Iglesia. Si en un cristiano han crecido las dimensiones de la fe y de la vocación política, no se pueden identificar sin más las tareas de la fe y una determinada tarea política, ni mucho menos se pueden identificar Iglesia y organización. No se puede afirmar que solo dentro de una determinada organización se puede desarrollar la exigencia de la fe. No todo cristiano tiene vocación política, ni el cauce político es el único que lleva a una tarea de justicia. También hay otros modos de traducir la fe en un trabajo de justicia y de bien común. No se puede exigir a la Iglesia o a sus símbolos eclesiales que se conviertan en mecanismos de actividad política. Para ser buen político no se necesita ser cristiano, pero el cristiano metido en actividad política tiene obligación de confesar su fe. Y si en eso surgiera en este campo un conflicto entre la lealtad a su fe y la lealtad a la

organización, el cristiano verdadero debe preferir su fe y demostrar que su lucha por la justicia es por la justicia del Reino de Dios, y no otra justicia».

Estas palabras pronunciadas el 6 de agosto del 78 para que los fieles laicos fueran libres y no esclavos, para que reencontraran las razones por las que vale la pena hacer política pero desde el evangelio superando las ideologías. La política no es el mero arte de administrar el poder, los recursos o las crisis. La política no es mera búsqueda de eficacia, estrategia y acción organizada. La política es vocación de servicio, diaconía laical que promueve la amistad social para la generación de bien común

Las personas católicas, como cristianas, somos seguidores de una persona que es Jesús de Nazaret y no de una doctrina o idea. Ese seguimiento se da en el camino de la vida y en la historia de la humanidad. Es dentro de ella y en la lógica de la encarnación, en que nos desarrollamos en la acción política. De esta forma, como Iglesia que somos todos los bautizados, hacemos nuestra la afirmación del Concilio Vaticano II: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón...La Iglesia se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.» (GS 1)

Es por ello, que la Iglesia en cumplimiento de su misión a lo largo de su historia, ha promovido el compromiso de laicos y laicas en la vida social y política, como parte de su vocación de creyentes y seguidores de Jesucristo. A ellos los exhorta, a aportar a este diálogo la riqueza de los valores y principios de su Enseñanza Social que brotan desde el Evangelio, como son la dignidad humana, el bien común, la justicia social, la solidaridad y subsidiariedad del Estado, el destino universal de los bienes y su concepción de desarrollo humano integral, en que la economía está al servicio de las personas.

Si nos abrimos a esta oportunidad nuestra fragilidad no va a disminuir, ni las circunstancias en las que vivimos no cambiarán de inmediato. Sin embargo, podremos mirar la realidad de una manera nueva, podremos vivir con renovada pasión los desafíos en la construcción del bien común. No olvidemos que entrar en política, significa apostar por la amistad social.

En América Latina y en todo el mundo vivimos actualmente un verdadero “cambio de época”[2] –lo decía Aparecida– que nos exige renovar nuestros lenguajes, símbolos y métodos. Si continuamos haciendo lo mismo que se hacía algunas décadas atrás, volveremos a recaer en los mismos problemas que necesitamos superar en el terreno social y político. Implica seguir el método que el mismo Dios escogió para acercarse a nosotros: la Encarnación. Asumiendo todo lo humano – menos el pecado– Jesucristo nos anuncia la liberación que anhela nuestro corazón y nuestros pueblos. Y entonces los católicos dedicados a diversas actividades políticas serán vanguardia en el modo de acoger los lenguajes y

signos, las preocupaciones y esperanzas, de los sectores más emblemáticos del cambio de época latinoamericano. Y les tocará buscar los caminos del proceso político más apto para llevar adelante.

Finalmente, nos dice el Papa Francisco, la misma fe cristiana puede conducir a distintos compromisos y así debemos respetarlo, no pretendiendo ser intérpretes únicos. Pero en los debates que atentan directamente contra la cristiandad, como lo es el de la defensa de la vida, es fundamental que los católicos digamos presente plenamente, y que las diversas voces se conviertan en una sola. Sobre lo demás, tenemos bastante tiempo para discutir.

Virgen del Carmen, Reina de Chile, salva a tu pueblo que clama a ti!!. Amén